

PANORAMA

Por GASTÓN BAQUERO

Paliza por los toros

LUVIA de cartas por nuestro comentario titulado «¿Toros? ¡Lo único que nos faltaba!» Desde la serie de tarjetas postales escritas por la misma ma- no contraria, has- ta la carta inju- riosa a todo tra- po, los amigos de los toros—que son sus enemigos, pues quieren agilitarles la muerte—han desbor- dado epistolar- mente su pasión.

Por hoy, deja- remos la palabra a los que no piensan como nos- otros. Primero, una carta del em- presario del espectáculo—al cual están haciendo larga propaganda por modo indirecto—y luego, una larga epístola—hay que llamarla así—de un Fray Anselmo de Tur- meda, que entre elogios y finezas, nos dice cuanto hay que decir. A las cartas, al artículo del compa- ñero Del Riego, a lo bueno y a lo malo, responderemos otro día.

«La Habana, agosto 18 de 1947.
Señor Gastón Baquero,
Jefe de Redacción del DIARIO
DE LA MARINA.

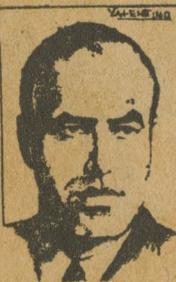
Ciudad.

Muy distinguido señor mío:

He tenido el placer de haber leído, el sábado día 26 de los actua- les, el artículo que dedica usted a las corridas de toros y es para mí, singular oportunidad, sin espíritu alguno de polémica, tratar sobre las mismas.

Debo manifestarle, que los actos anunciados para los días 30 y 31 del corriente, en el Stadium de La Habana, son dos actos de puro arte taurino, sin que los mismos contribuyan a un estado morboso y sí, por el contrario, a poner de ma- nifiesto esa belleza de arte—de la que usted habla en su artículo—en que nadie está pidiendo muerte sino creando emoción y de la buena. Bien sabe usted que este arte ha sido la fuente de inspiración de pintores, escultores, novelistas, etc., etc., y es en definitiva, el que deseo dar al pueblo de La Habana y para ello no reparé en gasto alguno, contratando a las dos máxi- mas estrellas de la tauromaquia mexicana.

Bien sé, que al escribir el meri- tado artículo del pasado sábado, expuso usted, sin reserva, su pen- samiento honesto; su puro sentir. No se nos oculta, que quizá estaba usted mal informado del fin y des- arrollo de ambos actos, que sin ser charlotadas, se desenvolverán dentro de los preceptos legales impues- tos por la norma y por el arte.



No dudamos, que impuesto usted de la verdad, proceda—como ha si- do en usted reiterada costumbre— a comprender, que no hay alarma alguna en llevar adelante actos como los anunciados.

Sin otro particular, aprovecho esta oportunidad, para brindarme suyo, siempre atento y s. s. s. q. l. s.

Luis Quiñones»

«La Habana, 17 de agosto de 1947.
Señor Gastón Baquero.

Ciudad.

Querido y admirado amigo:

El que esta carta le escribe no ha visto en su vida más que una corrida de toros. En ella mató Gaona, el célebre torero mexicano, haciendo «una magnífica faena», como dicen los aficionados. Al día siguiente quise ver en los periódicos lo que escribían los reseñeros y recuerdo que todos, regateo más o menos, coincidían en afirmar que la corrida había sido de las memo- rables. Yo, sin embargo, había sa- lido de la plaza melancólico y pre- ocupado, asegurándome a mí mis- mo que aquello no era para mi sen- sibilidad.

Le refiero esto para que vea que no es un taurófilo el que se atreve hoy a reprocharle el artículo suyo del pasado sábado. Porque yo me dí cuenta, es verdad, de que aque- lla corrida de toros había estreme- cido violentamente mi urdimbre es- piritual, pero poseo la suficiente modestia para no descalificar, por sólo una corrida que he presenciar- do, un espectáculo que es amado por pueblos de privilegiada sensi- bilidad y que si tiene en su contra almas de delicada fibra, tiene tam- bién en su favor otras de hebra no menos exquisita. Afortunadamente no ha manoseado usted la esceno- grafía trágicocómica que manipula el articulista de «Bohemia» en el comentario que usted califica de incontrovertible con sobra de ge- nerosidad y falta de justicia. Us- ted clava su mirada en los fer- mentos morales de la diversión tau- rina y los ve tan trascendentes y dañinos que por fuerza tiene que detestarla. Pero su mirada es in- justa, adolece de macropía, exagera lo que hay y ve lo que no hay. Us- ted conoce tan poco como yo la fiesta taurina, habla por lo que ha leído y temo que es víctima de esa literatura taurófoba que usted sa- be tan bien como yo que ha sido inspirada en su mayor parte, no por la musa franciscana del amor a los animales de Dios, sino por la torva euménide de las inquinas his-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

tóricas. Me cuesta creer que sean de usted estos renglones: «Habr , desde luego, quien asista a las corridas por puro esteticismo o profesionalismo: a ver si el torero hace con maestría esta o aquella suerte, a estudiar la técnica, a comparar el estilo de un maestro con el otro, etc. Pero eso es la minoría, si es que existe, que lo dudamos. La gran mayoría va a las corridas a otra cosa. Va a esperar, llena de ansiedad, de alegría casi, que el torero mate al toro y que el toro mate al torero. Ahí lo principal, lo central, es que haya mucha sangre y mucha muerte.» Si no me constara la honradez de usted, sin titubeo alguno calificaría de calumniosos estos asertos. Asombra y desconcierta ese negativismo cerrado, ese énfasis macizo, esa generalización aplastadora. Dice usted «la gran mayoría», pero como unas líneas antes duda de que haya una «minoría» que acuda a los toros por puro deleite est tico, resulta que **todos, todos** los que a tal diversión van, es a contemplar sangre y muerte. Tantos miles y miles de hombres que en esta y en aquella parte del Atlántico asisten a los toros, jirón, señor Baquero, únicamente, o principalmente, por esto, con esta premeditación y este paladeo anticipado?

Algo estaría usted dispuesto a conceder si se tuvieran con el toro ciertas consideraciones de nobleza y lealtad, si se luchara con él a brazo partido, sin engañarlo, sin abrumarlo, sin enfurecerlo, algo así como se hace en ese deporte tan exquisitamente franciscano que es el boxeo. Esto me recuerda a aquel baturro que estaba pescando con ca a, sedal y anzuelo, pero sin cebo. « No ves, tonto, que así, sin cebo, no picar n los peces?»—le dijeron. «No importa»—contest  el honrado aragon s—«aquí no se engaña a nadie: el que quiera picar, que pique». Con un poco más de catequesis por parte de los del Bando de Piedad, el buen baturro hubiera prescindido del anzuelo, del sedal y de la caña y hasta de la sartén en que pensaba freir su pesca. Porque o no hay lógica o ésta nos fuerza a no comer animal alguno si éste no se nos zampa voluntaria y obsequiosamente en nuestra boca. Nuestra alimentación carnívora se basa en un inmenso asesinato de los pobres animalitos, un asesinato con todas las agravantes de premeditación, alevosía y ven-taja.

Los que denuestan al toro fla-quean siempre en favor de los toros; raro es el que defiende lo que más importa defender, al torero y al público. Y hay que defender al torero contra su propia temeridad, contra su exposición suicida, contra un derroche de gallard as y valent as que pueden tener mejor empleo, contra una profesión lamentable que le hace arriesgar la vida a los cuernos huyendo tal vez de las «corn s que da el hambre». Y hay que defender al público, a cierta porción de él, no a todo, ni siquiera a la mayoría, contra sus desbordamientos insensatos, contra sus fruiciones ácidas, contra su sa-boreo bárbaro de una fiesta en que si apesadumbra ver a una bestia-z enfurecida y acorralada, aun es más triste ver a un hombre, una figurilla endeble y mezquina, volar como un pelele entre los cuernos de la fiera. Bien está amar a los toros pero hay que amar muchísimo más a los hombres. Humanismo, no únicamente naturalismo. Las almas sensibles que protestaron contra cierto noticiario que exhibía la horrible agonía de un mor-laco, no s  que hayan protestado contra ciertas escenas de algunas películas en que la dignidad humana quedaba abismada entre truculencias horripilantes, cuya ostentación y contemplación no bastaba a justificarlas el hipócrita taparrabos de la ejemplaridad, ni el muchísimo más miserable de la propaganda.

Es demasiada credulidad sostener que en los espectáculos beisboleros tienen las multitudes una válvula de desahogo para sus instintos primarios y crudos, y afirmar, en cambio, que la sangre derramada en los cosos taurinos es un excitante de la fiera humana y un colaborador de los delitos de sangre. Si no he entendido mal, esto o algo muy próximo a esto es lo que usted piensa. Así me lo persuade esa urgencia con que asegura que «razones de pedagogía social obligan a pedir con enérgica insistencia que no se tolere ni la más mínima sombra de corrida de toros en Cuba.» Quien tal escribe forzoso es que está convencid simo de la nefandad monstruosa de esas corridas y de que la suerte de Cuba depende de que se las permita o prohíba. Exageración se llama esta figura. Ni el beisbol enfriar  la calentura levantisca y delirante de

un pueblo, ni los toros la excitarán en una dina. Porque otra es la madre del cordero. Porque están en otra parte y son otras muy distintas, usted lo sabe muy bien, las causas que inoculan, lo mismo en los que se plantan en las esquinas o derrochan su tiempo jugando en los billares, que en los que están en otros lugares de nombres más decorosos, esa insubordinación, ese villipendio de la autoridad, ese desprecio a la vida ajena, que tantos somos a lamentar.

Estimulado por el aplauso de usted he leído ese artículo de la revista «Bohemia». Excusado es decir lo que me ha parecido. Lamento que usted haya afirmado que cuanto allí se dice es incontrovertible. Hay en él demasiadas citas interesadas, parciales, apasionadas, **fruta del tiempo**, y un rataplán patriotero que halagará a muchos oídos y desagradará a muchos más. No es lícito tasar la sensibilidad de un pueblo sin tener el cuidado y buen gusto de no herir la sensibilidad de otros, de los que aman las corridas de toros y no ceden por ello a ningún otro en finura de sentimientos, en ética social y en eso de la profilaxis del espíritu.

Siento, señor Baquero, no figurar entre los señores que le han felicitado y le felicitarán por sus comentarios del sábado. Sin embargo tenga la seguridad de que más, mucho más que esos venerables y pistonudos señores que ahora, **per accidens**, le cumplimentan, le quiere y admira este su leal amigo que pide a Dios le conserve a usted la vida tantos años como durará la tauromaquia en ciertos pueblos próceres, que no lo son menos por cultivarla, y que dejarían de amarla el día que se convencieran de que es «una flaqueza, una falta, un pecado», como usted cree, o un «espectáculo atroz, mengua de España» como dijo aquel timbaleero de Quintana.

Fray Anselmo de Turmeda

SM, 20/4/44



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA